

NUCCIO ORDINE

CLÁSICOS PARA LA VIDA
UNA PEQUEÑA BIBLIOTECA IDEAL

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JORDI BAYOD

BARCELONA 2017



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Classici per la vita*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by Nuccio Ordine
© de la traducción, 2017 by Jordi Bayod Brau
© de la ilustración de la cubierta, by Gianfilippo Usellini,
La biblioteca magica, 1960, © Comune di Vimercate,
MUST Museo del territorio vimercatese
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-64-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 023-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción. Si no salvamos los clásicos y la escuela, los clásicos y la escuela no podrán salvarnos</i>	11
--	----

CLÁSICOS PARA LA VIDA

<i>Ciudadela</i> , Antoine de Saint-Exupéry	51
<i>El mercader de Venecia</i> , William Shakespeare	53
«El mercado de piazza Navona», Giuseppe Gioachino Belli	55
<i>Cartas sobre la locura de Demócrito</i> , Hipócrates	58
<i>Orlando furioso</i> , Ludovico Ariosto	60
<i>Banquete</i> , Platón	62
<i>Los Buddenbrook. Decadencia de una familia</i> , Thomas Mann	64
<i>Cartas</i> , Nicolás Maquiavelo	66
<i>Memorias de Adriano</i> , Marguerite Yourcenar	68
<i>Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister</i> , Johann Wolfgang Goethe	70
«Tal vez mi última carta a Memet», Nazim Hikmet	72
<i>Mendel el de los libros</i> , Stefan Zweig	74
<i>El hacedor</i> , Jorge Luis Borges	76
<i>La cena de las Cenizas</i> , Giordano Bruno	78

<i>Poesías juveniles</i> , Rainer Maria Rilke	80
<i>Canción de Navidad</i> , Charles Dickens	83
<i>Jerusalén libertada</i> , Torquato Tasso	85
<i>Emblemas</i> , Andrea Alciato	87
<i>Si esto es un hombre</i> , Primo Levi	89
<i>Don Quijote de la Mancha</i> , Miguel de Cervantes	91
<i>Decamerón</i> , Giovanni Boccaccio	93
<i>Antología de Spoon River</i> , Edgar Lee Masters	95
<i>Las aventuras de Robinson Crusoe</i> , Daniel Defoe	97
<i>Oráculo manual y arte de prudencia</i> , Baltasar Gracián	99
<i>Orlando furioso</i> , Ludovico Ariosto	101
<i>Gargantúa y Pantagruel</i> , François Rabelais	103
<i>El principito</i> , Antoine de Saint-Exupéry	105
<i>Los ensayos</i> , Michel de Montaigne	107
<i>Los viajes de Gulliver</i> , Jonathan Swift	110
<i>La escuela de las mujeres</i> , Molière	113
<i>Volpone</i> , Ben Jonson	116
<i>Cien años de soledad</i> , Gabriel García Márquez	119
«Dora Markus», Eugenio Montale	121
<i>El soldado fanfarrón</i> , Plauto	124
<i>Odisea</i> , Homero	126
<i>El retorno</i> , Rutilio Namaciano	128
<i>El pobre Goriot</i> , Honoré de Balzac	130
<i>Recuerdos</i> , Francesco Guicciardini	133
«Amor», Guy de Maupassant	135
<i>Diccionario de prejuicios</i> , Gustave Flaubert	138

<i>Las ciudades invisibles</i> , Italo Calvino	141
«Ítaca», Costantino Cavafis	144
<i>La disimulación honesta</i> , Torquato Accetto	147
«Campo di Fiori», Czesław Miłosz	149
<i>Cyrano de Bergerac</i> , Edmond Rostand	152
<i>Pensamientos</i> , Montesquieu	154
«El sueño», John Donne	156
«Autopsicografía», Fernando Pessoa	159
<i>La esclavitud femenina</i> , John Stuart Mill	162
«Sobre la educación», Albert Einstein	164
<i>Fuentes</i>	167
<i>Agradecimientos</i>	175
<i>Índice de nombres</i>	177

INTRODUCCIÓN

SI NO SALVAMOS LOS CLÁSICOS
Y LA ESCUELA, LOS CLÁSICOS Y LA
ESCUELA NO PODRÁN SALVARNOS

El verdadero lugar de nacimiento es aquel
donde por primera vez nos miramos
con una mirada inteligente;
mis primeras patrias fueron los libros.

MARGUERITE YOURCENAR

Sólo es digna de ser vivida la vida que se
vive para los otros.

ALBERT EINSTEIN

I. NO HAY QUE LEER A LOS CLÁSICOS PARA
APROBAR LOS EXÁMENES

«Que otros se jacten de las páginas que han escrito; | a mí me enorgullecen las que he leído»: ninguna frase podría expresar mejor el sentido de mi trabajo que los dos versos con los que Jorge Luis Borges abre el poema titulado «Un lector» en su *Elogio de la sombra*. No me atañe, ciertamente, la declaración de modestia de uno de los mayores escritores del siglo xx, pero sí el acento en la vital importancia de la lectura, que traduce bien el espíritu con el que he concebido *Clásicos para la vida*: garantizar que todo el escenario esté ocupado por los textos citados y no por los breves comentarios que los acompañan.

No es un azar que esta pequeña biblioteca ideal sea el fru-

to de un experimento concreto basado esencialmente en una experiencia de lectura. En los últimos quince años, en efecto, durante mi primer semestre de clases, he leído cada lunes a mis estudiantes breves citas de obras en verso o en prosa no necesariamente ligadas al tema del curso monográfico. Un *test* que ha contribuido, a su vez, a orientar mis decisiones como docente. Porque he observado que precisamente ese día—durante la media hora dedicada a la libre lectura de pasajes de escritores, filósofos, artistas o científicos—, además de los alumnos habituales, aparecían en el aula caras nuevas: caras de jóvenes matriculados en otros departamentos humanísticos y científicos o, incluso, amigos de los asistentes, atraídos simplemente por la curiosidad de escuchar la palabra de un poeta o un novelista. Pasado un tiempo, los mensajes recibidos y el azar de las conversaciones me han permitido verificar que, finalmente, algunos de ellos habían decidido leer más clásicos y leerlos enteros.

Ajena a cualquier necesidad utilitarista, la presencia de este público heterogéneo demostraba verdadero interés por un autor concreto o por la cuestión particular discutida en su texto. En ese espacio experimental, que yo llamaría de manera impropia «extrainstitucional», he tenido la impresión de compartir con mis estudiantes la manera sana y auténtica de relacionarse con los clásicos. Las grandes obras literarias o filosóficas no deberían leerse para aprobar un examen, sino ante todo por el placer que producen en sí mismas y para tratar de entendernos y de entender el mundo que nos rodea. En las páginas de los clásicos, aun a siglos de distancia, todavía es posible sentir el latido de la vida en sus formas más diversas. La primera tarea de un buen profesor debería ser reconducir la escuela y la universidad a su función esencial: no la de producir hornadas de diplomados y graduados, sino la de formar ciu-

dadanos libres, cultos, capaces de razonar de manera crítica y autónoma.

2. LA COLUMNA EN «SETTE», SUPLEMENTO SEMANAL DEL «CORRIERE DELLA SERA»

A partir de esta experiencia de campo surgió la idea de ofrecer en las páginas de uno de los semanarios más prestigiosos de Italia—«Sette», del *Corriere della Sera*—una selección de los fragmentos que había leído a mis estudiantes a lo largo de los años. Este volumen compila, en efecto, los textos que, entre septiembre de 2014 y agosto de 2015, seleccioné para los lectores de mi columna, titulada «Controverso». Se trataba de presentar cada semana una breve cita de un clásico y de intentar evocar un tema relacionado con ella. Y lo hice, como atestigua la propia estructura gráfica de la columna—y de este volumen—, situando en la posición central, con una letra mucho mayor, los versos o las prosas de los autores antiguos, modernos y contemporáneos. Sin límites temporales, lingüísticos ni geográficos, quise privilegiar la palabra de los poetas, novelistas y ensayistas, poner a su servicio mi comentario, formado por breves notas destinadas exclusivamente a subrayar una u otra palabra, una u otra reflexión suscitada por la lectura del fragmento.

Por lo tanto, sería un error considerar *Clásicos para la vida* como lo que no es: no es una colección de microensayos, y no puede pretender presentarse como una exploración—siguiendo las huellas de Erich Auerbach en *Mímesis*—de la relación que cabe establecer en una determinada obra entre la parte (el fragmento citado) y el todo (el texto completo), ni tampoco como una ocasión para reflexionar—siguiendo a Aby Warburg—sobre la función revela-

dora que, a veces, puede ejercer un detalle «grávido de sentido». *Clásicos para la vida*, de una manera más simple, no quiere ser otra cosa que un homenaje a los clásicos en un momento difícil para su existencia.

Durante estos meses he intentado no naufragar navegando entre los escollos de la especialización y de la divulgación banal. Consciente de dirigirme a un público amplio y heterogéneo, he tratado de seleccionar textos que pudieran satisfacer al mismo tiempo las exigencias de los lectores no especialistas y las de los lectores más expertos. En qué medida mis buenas intenciones han tenido después una acogida favorable es difícil decirlo. No conviene, sin embargo, hacerse ilusiones. Las colecciones de fragmentos escogidos no bastan, sobre todo cuando se trata de programas escolares y universitarios. Una antología no tendrá nunca fuerza suficiente para desencadenar las profundas metamorfosis que sólo puede producir la lectura completa de una obra. Me resulta difícil imaginar que un clásico reducido a fórmulas manualísticas o desmembrado en breves fragmentos suscite destellos de pasión. Pese a todo, cuando nos dirigimos a un público amplio, una buena colección de citas puede ayudar a vencer la indiferencia del lector y a estimular su curiosidad hasta empujarlo a afrontar la lectura de una obra en su integridad. Éste es el desafío concreto que determina la eficacia de una antología. En rigor, contentarse con el mero fragmento es una derrota evidente.

3. MONTAIGNE: DEMASIADOS LIBROS SOBRE LOS LIBROS

La selección que presento, como ya he dicho, corresponde a una serie de textos que he estimado a lo largo de mi

vida y que he compartido con mis estudiantes, intentando mostrarles cómo los clásicos pueden responder todavía hoy a nuestras preguntas y revelarse un precioso instrumento de conocimiento. Los clásicos, en efecto, nos ayudan a vivir: tienen mucho que decirnos sobre el «arte de vivir» y sobre la manera de resistir a la dictadura del utilitarismo y el lucro.

Ahora más que nunca, cuando lo previsible es que la literatura secundaria acabe sumergiendo las obras de las que habla, las palabras de Montaigne suenan absolutamente actuales:

Requiere más esfuerzo interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas, y hay más libros sobre libros que sobre cualquier otro asunto: no hacemos más que glosarnos los unos a los otros. Todo está lleno de comentarios; de autores, hay gran escasez.

En definitiva, son los autores quienes hacen posible la existencia de los comentarios y las interpretaciones. Cuando la crítica considera el *texto* como un mero *pretexto* y ocupa por sí misma el escenario de la comunicación, ejerce una función perversa. El verdadero crítico no debería olvidar nunca—como señala oportunamente George Steiner (recurriendo a una metáfora forjada por el gran poeta ruso Aleksandr Serguéievich Pushkin)—que su papel debe ser el de un «cartero». Los carteros, en efecto, saben que existen porque hay alguien que escribe cartas; de igual manera, la crítica existe porque hay alguien que produce obras. Y, como el cartero, el crítico debería ponerse, de la manera más discreta, al servicio de las obras, escucharlas, protegerlas, dejarlas hablar, ayudar a que lleguen a sus destinatarios. Se trata de una función importante, a veces decisiva: ¿para qué serviría escribir una carta si después se ex-

traviara o acabase en un buzón equivocado? ¡Pero a condición, sin embargo, de que la «carta» continúe ocupando el lugar central!

4. LOS CLÁSICOS, LA ESCUELA, EL ARTE DE VIVIR

Marginados, por desgracia, en los programas escolares (en los que manuales e instrumentos exegeticos de toda suerte sustituyen a los textos) y en las editoriales (hoy en día, en Europa, son pocos los editores independientes capaces de desafiar al mercado con ediciones bilingües de grandes obras), los clásicos no ocupan ya el lugar de honor que en otro tiempo tenían en la formación del ciudadano medio europeo. Si es cierto que los clásicos pueden salvar a la escuela y a la universidad haciendo la enseñanza más auténtica, no lo es menos que sin la escuela y la universidad es difícil imaginar un futuro próspero y vital para los clásicos.

Por ello, en las últimas dos décadas me he convencido cada vez más de que la actividad primordial de un profesor debería ser precisamente ésta: leer los clásicos a los alumnos y partir de los clásicos para mostrar después su interacción con los demás saberes y, sobre todo, con la vida misma. Una página de los *Ensayos* de Montaigne, un canto del *Orlando furioso* de Ariosto o un verso del *Otelo* de Shakespeare deben también traducirse—como espero que les suceda a los lectores de *Clásicos para la vida*—en reflexiones sobre asuntos y cuestiones que atañen a los intereses de los alumnos. Y para evitar caer en una banalizadora «actualización», la selección de los fragmentos y los correspondientes comentarios han de partir de un trabajo preliminar muy esmerado. Ante todo, es preciso tener un buen dominio de

la obra de la que se habla. Un conocimiento de mera antología no basta; como tampoco basta el estudio de la didáctica, que, en las últimas décadas, ha asumido una centralidad desproporcionada: dicho sea con el permiso de las pedagogías hegemónicas, el conocimiento de la disciplina es lo primero y constituye la condición esencial. Si no se domina esa literatura específica, ningún manual que enseñe a enseñar ayudará a preparar una buena clase.

Pero hay algo más. La gestión empresarial que prevalece hoy en la escuela—cuyos signos evidentes se encuentran incluso en las elecciones léxicas: el «rector» se ha convertido en «director del centro», mientras que los estudiantes han de ser evaluados con arreglo a «créditos» formativos—parece que ya no mira sino a la estrella polar del mercado. Bajo la promesa de una inmediata inserción en el mundo laboral, el diseño de los currículos escolares puede verse fuertemente condicionado por los aspectos «profesionalizadores» de la formación. Todo ello, naturalmente, en detrimento de la enseñanza de disciplinas, como el griego y el latín, que no responden al brutal utilitarismo de quien se pregunta «para qué sirve» estudiar «lenguas muertas».

Perseguir la quimera del mercado es, sin embargo, mera ilusión. Así lo confirman los datos cada día más alarmantes del paro juvenil. La rapidez de las mutaciones que hoy afectan al complejo mecanismo de los intercambios económicos es tanta que no es posible adaptar con la misma celeridad los currículos escolares. La formación requiere plazos largos. Orientarla exclusivamente por las presuntas ofertas del mundo laboral es perder de antemano la partida. No necesitamos reformas genéricas, sino asegurar una buena selección de los docentes. Los jóvenes reclaman sobre todo profesores que vivan con pasión y con verdadero interés la disciplina que imparten. Se trata de una exi-

gencia sacrosanta, cuyos efectos beneficiosos todos nosotros hemos podido experimentar en nuestra vida estudiantil. Muchas veces hemos constatado que nuestro amor por la literatura o la filosofía, por la historia o las matemáticas, es inseparable de un profesor o una profesora en concreto. No se puede entrar en clase sin una buena preparación. No se puede hablar al alumnado sin amar lo que se enseña. Una pedagogía rutinaria acaba por matar cualquier forma de interés. Por ello, tiene razón George Steiner cuando nos recuerda que «una enseñanza de mala calidad es, casi literalmente, un asesinato».

5. UN VERDADERO MAESTRO PUEDE
CAMBIAR LA VIDA: ALBERT CAMUS
Y LOUIS GERMAIN

Basta con leer la conmovedora carta que Albert Camus dirige a su maestro de Argel, Louis Germain, para entender de qué modo un magnífico y apasionado docente cambió la vida de un estudiante nacido en el seno de una familia paupérrima. Tras llegarle la noticia de la concesión del premio Nobel de literatura, Camus siente la necesidad de dar las gracias a su madre con un afectuoso telegrama, y a continuación, el 19 de noviembre de 1957, a quien había hecho posible su formación escolar. Sin padre (muerto en la guerra), el pequeño Albert se había criado gracias al sacrificio de su madre (casi sorda y analfabeta) y de su abuela. Y precisamente contra la opinión de esta última, que empujaba al nieto a encontrar de inmediato un trabajo con el que ganarse la vida, Germain lo preparó gratuitamente para que pudiera optar a una beca en el liceo Bugeaud de Argel. Camus tenía apenas once años. Treinta y tres años más tar-